

LAS NUEVAS CARAS ADVERSAS DE LA REPÚBLICA POPULAR DE CHINA Y SUS DERIVAS

Fernando López Mora
Académico Correspondiente

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Historia contemporánea.
Relaciones económicas.
Relaciones exteriores
– Siglo XXI.
Política y gobierno
– Siglo XXI.

Con cierta mirada crítica, se analizan las nuevas debilidades y los riesgos geopolíticos constatables de la emergencia china en el tiempo muy contemporáneo. Las nuevas orientaciones aparecidas sobre la acción internacional, los cambios de ciclo económico y la naturaleza persistente del autoritarismo en la práctica política, entre otros aspectos relevantes, matizan la ambición de liderazgo de la potencia comercial asiática. En la metodología de aproximación a este objeto de estudio se manejan las ópticas historiográfica y geopolítica.

ABSTRACT

KEYWORDS

Contemporary history.
Foreign economic relations.
Foreign relations – XXI
century.
China – Politics and
government – XXI century.

With a critical eye, this paper analyses the new weaknesses and geopolitical risks of China's emergence in very contemporary times. New orientations in international action, changes in the economic cycle and the persistent nature of authoritarianism in political practice, among other relevant aspects, qualify the leadership ambitions of the Asian commercial power. The methodology used to approach this object of study is historiographic and geopolitical.

Excelentísimo Sr. presidente, Ilmo. Sr. secretario, Ilmos. señores y señoras académicos, señoras y señores.

Antes de entrar de lleno en el tema que corresponde al acto de presentación, permítanme que agradezca la confianza ofrecida por aquellas personalidades que facilitaron la propuesta para poder incorporarnos a esta muy consolidada y centenaria Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. Me refiero al Excmo. Sr. D. José Cosano Moyano y a los ilustrísimos estudiosos José Manuel Escobar Camacho y Miguel Ventura Gracia.

Expreso agradecimiento también al resto de académicos que manifestaron su beneplácito, tan generosamente, para que un contemporaneísta pueda sumar en la empresa de resultar útil al objeto de la institución, y a la sociedad andaluza y española en su conjunto.

En esencia, mi trabajo pretende abocetar ciertas miradas a la emergencia del gigante chino durante el tiempo muy contemporáneo. En muchas esferas, la República Popular de China ambiciona cierto liderazgo económico y comercial mundiales. Y su adelanto, pero también sus trances y apuros más recientes, en una palabra, su propia diacronía contemporánea en este y otros puntos, comprometen directamente nuestro futuro. Como bien conocen, precisamente la dinámica del mercado a escala internacional y las ambiciones chinas en este campo han venido transformando los circuitos comerciales e industriales; incluso alterando las culturas y experiencias previas conocidas del mundo globalizado. Todo lo anterior lo hemos vivido en un proceso histórico que podríamos definir como de acelerada mutabilidad, de aceleración histórica¹. Y dado que el protagonismo chino es sustancial en todos los nuevos procesos, resulta inaplazable comprender la historia reciente de este renovado estado de porte civilizatorio, la naturaleza metamorfoseada de su régimen autoritario postmaoísta y sus intereses, por lo demás tan revisionistas en política exterior, siempre representadas en el discurso de su principal dirigente coetáneo, el encumbrado presidente Xi Jinping².

Ciertamente China ha mutado en los últimos años. Aunque las reformas y su escala recorren ya más de tres décadas y causan menos sorpresas en nuestra percepción occidental que antaño. Precisamente desde que el otrora secretario general del Partido Comunista Chino, Deng Xiaoping, relanzase el proceso de apertura que dio paso a los futuros cambios mayores durante el año 1992 y dispusiera asimismo la permutación de las estructuras económicas, sociales y territoriales del país³.

Recuerden, por favor, que históricamente el ciclo de transformaciones se abrió con la política llamada precisamente de «reforma y apertura», ya durante el año 1978, y que podemos distinguir tres periodos en todo ello. Un primer estadio de transición post-maoísta, durante el cual se dilucidó

¹ Sobre el periodo clásico marxista-maoísta y aún de contextos anteriores a la revolución comunista y los primeros años de reformar del sistema comunista v. Meisner. Maurice: La China de Mao y después. Una historia de la República Popular. Comunicarte Editorial, 2007.

² Elizabeth C.: The Third Revolution: Xi Jinping and the New Chinese State. Economy, OUP USA, 2019.

³ Lin, Chun: La transformación del socialismo chino. Chun Lin, El Viejo Topo, 2008. V. especialmente el primer capítulo.

la significativa cuestión de la especificidad de la vía China al desarrollo, así como la posibilidad de combinar eficazmente el propio régimen comunista con la economía llamada de mercado (1978-1992). Otra fase de refundación basada en el lema de «economía socialista de mercado», así como en la problemática polarización urbana generada por el desarrollo (1992-2001). Y finalmente una etapa de madurez condicionada por la adhesión a la Organización Mundial del Comercio (OMC), desde finales de 2001, auténtico *take off* geopolítico del país del Medio en nuestro tiempo actual.

A partir de la última fecha antecitada, el propio Partido Comunista se reconcilió paradójicamente con un perfil mucho más nacionalista desde el punto de vista ideológico y geopolítico; pero China pasaría a depender de las dinámicas propias de la Globalización, centrándose primero en el crecimiento de su comercio exterior y más tarde en la satisfacción de sus nuevas necesidades energéticas, minerales y de suministro estratégico productivo.

En buena lógica diplomática, la situación condicionó una política exterior más utilitarista, pragmática, centrada esta última precisamente en el aseguramiento de los recursos minerales, energéticos y agrícolas transcendentales y, además, publicitando una acción exterior autodefinida como potenciadora del «desarrollo pacífico internacional» y propia de favorecer por lo común las mecanismos multilaterales.

Empero, téngase presente que la asombrosa, pero aún parcial modernización de China, su aceptación de la economía de mercado y la aparente generalización de ya tantos deslumbrantes paisajes industriales de urbanización no significarían que fuese convirtiéndose en un país imantado por la «Occidentalización». Lejos de esto, allí mismo, en el país asiático, conocemos que se perenniza un régimen autoritario, controlador y hasta omnisciente a las veces en todas las dinámicas del Estado y del control ciudadano. Más aún, la «nomenklatura» comunista sigue protagonizando e interviniendo política y económicamente en todos los resortes y flejes del poder⁴. De manera que resulta imposible equiparar, por ejemplo, el calendario y las modalidades de las transiciones de tantos países que utilizaron la vía de la modernización como jalón previo a los procesos políticos de democratización.

Más aún. Paralelamente a su nueva escala y peso internacionales, la crisis de algunos elementos sustanciales del propio sistema autoritario chino y el incremento de los cuestionamientos externos a la potencia asiática, se han venido amplificando. A la par que Pekín ha ido modulando un dis-

⁴ Sebastian Heilman *China's Political System.*, Rowman & Littlefield Publishers, 2016.

curso cada vez más ambicioso, más directo y revisionista del *estatus quo* en no pocos espacios territoriales cercanos a su geografía o intereses⁵.

Por tanto, es cierto que interpretar historiográficamente la China actual y a su modelo específico de gobernanza no puede limitarse a un análisis de las reformas de las estructuras resultantes a partir de las primeras décadas del régimen comunista hasta el prestigio comercial e industrial más contemporáneo. Las miradas y, más aún, las representaciones del país se han venido alterando a las veces negativamente, permitiendo el apareamiento de ciertos perfiles menos amables para el Pekín de todos los crecimientos⁶.

Y este será el objeto conclusivo de nuestra disertación en este punto.

De este tenor crítico y, en primer lugar, señalaremos lo más obvio: que las previsiones de crecimiento no son ya las míticamente recorridas y que las cifras macroeconómicas no riman tanto con el monumental desarrollo chino de los últimos decenios. La economía china creció un 3% en 2022, uno de los peores datos en casi medio siglo. Nótese que es el peor índice de crecimiento del gigante asiático desde el primer año del inficionamiento por coronavirus, durante 2020, cuando el PIB aumentó apenas un 2,2%. De hecho, para encontrar otro año de menor dinamismo relativo habría que remontarse a aquella China solitaria y excéntrica del año 1976 —casi medio siglo atrás— cuando acabó el convulso decenio protagonizado por la llamada *Revolución Cultural* y murió el histórico y carismático líder Mao Zedong⁷.

El relativo colapso del enorme sector inmobiliario y las bajas tasas estadísticas del consumo interno en esta coyuntura específica constituyen, asimismo, termómetro de la delicada situación actual. Particularmente, el crecimiento exponencial de las inversiones inmobiliarias y las problemáticas específicas relacionadas con los créditos e hipotecas constituyen termómetro de las fragilidades e inminencias accidentales de la propia economía china.

Y debe notarse, desde luego, que el giro de política sanitaria repentino conocido desde la política de COVID cero a las dinámicas de apertura

⁵ Las tesis más fatalistas predicen una inexorable disputa por el liderazgo con los propios EEUU. Por ejemplo esa sería la tesis confesada de Graham Allison en *Destined For War: can America and China escape Thucydides' Trap?*, Scribe Publications, 2018.

⁶ Robert S. Ross and Jo Inge Bekkevold (eds.): *China in the era of Xi Jinping: domestic and foreign policy challenges*. Georgetown University Press, 2016.

⁷ Mas referencias de este tenor y las aparecidas en el texto en Abril, Guillermo: «La economía china crece un 3% en 2022, uno de los peores datos en casi medio siglo». EL PAÍS, artículo firmado el 17 de enero del 2023.

total dictado por el propio gobierno comunista no ha logrado salvar una economía marcada por las disrupciones y las crisis productivas recurrentes.

La propia pandemia transmitida por el SARS-CoV-2 sigue causando estragos en la economía china y hasta en la propia credibilidad del sistema político para hacer frente a situaciones de esta envergadura organizativa mayor. Realmente, la rigidez informativa, la pesada estrategia fundamentada —ya se comentó— primero en el lema del COVID 0 y las múltiples ineficiencias de las políticas sanitarias han dibujado a los ojos internacionales un país más vulnerable y, a las veces, más ineficiente de lo esperable, sobre todo en las zonas rurales.

China también enfrenta el reto de su demografía decreciente, ya que desde el año 2015 se ha venido reduciendo la población en edad de trabajar. Más aun, en enero de este mismo año 2023, los propios organismos chinos relacionados con el censo informaron del primer descenso poblacional en las últimas seis décadas, consecuencia de un hundimiento histórico de la tasa de natalidad y asimismo de manera correlativa del precipitado envejecimiento poblacional, como reflejo directo de su proceso de modernización a todas las escalas. Según cifras divulgadas por la Oficina Nacional de Estadísticas de China (ONE), el número de habitantes del país se redujo en unas 850.000 personas durante el año 2022, lo que refuerza el vaticinio de que este mismo año el país de los Han cederá el primer puesto como nación más poblada del planeta a la también emergente República de la India. Todos los expertos en demografía y dinámicas sociales vaticinan que estos mismos datos podrán acarrear profundas implicaciones a medio plazo y de manera generalizada en muchos ámbitos nacionales.

Al mismo tiempo, y ahora a escala política, el control de la información y de la ciudadanía vuelve a caracterizar a un régimen cargado de ribetes autoritarios y hasta represivos en determinados contextos. Ese distintivo gubernamental, ya de por sí inclemente en China, se ha venido reforzando, en línea con lo establecido por Xi Jinping desde su arribada al poder durante 2012. La genealogía del régimen político estaba ya históricamente lastrada desde su propia invención por una fase fundacional, que más que momento revolucionario —la China de Mao posterior a 1949— fue más bien plataforma de una franca construcción totalitaria, acompañada esta de unas aspiraciones de guerra política interna permanente y de unas mutiladoras estrategias políticas de división; aún dentro del campo orgánico del comunismo de Estado.

Las recientes dinámicas represivas y progresivamente liberticidas en la Región Administrativa Especial de Hong Kong y, más aún, las detencio-

nes irregulares y la presión dolosa desplegadas contra la minoría musulmana uigur, en la Región autónoma de Xinjiang, componen las evidencias más repetidas de la cara menos simpática del régimen comunista de Pekín. Y debe recordarse que solo las inesperadas manifestaciones públicas contra, precisamente, las políticas del COVID 0, condicionaron acciones más aperturistas en este campo del hiper control epidemiológico sufrido por su propia población.

Porque los dirigentes chinos tienen un objetivo mayor que trasciende lo político y lo ideológico, como en tantas ocasiones históricas se ha conocido en regímenes de indudable tenor dictatorial: la supervivencia del mismo régimen a largo plazo. En este momento, en el país de los Han todo confluye hacia el llamado «Sueño del gran renacimiento de la nación china», que no es sino fórmula referencial para garantizar las continuidades del núcleo de poder hegemónico en el país: la nomenclatura comunista y las elites económicas, frecuentemente interconectadas.

En esa lógica instrumental, el régimen no solo se ha embarcado en cierta obsesión por el control de la información y del ciudadano sino, además, en favor de una política exterior donde se refuerzan los tonos más nacionalistas.

A la sazón, se apuesta por la modificación del modelo de globalización y a favor de las vindicaciones, directas o indirectas, centradas fundamentalmente en Taiwán y en el contexto territorial del Mar de China Meridional e incluso en el Mar de la China Oriental.

Todos esos trazados ante referidos, junto a la creciente rivalidad comercial y de modelo de liderazgo con Washington, constituyen nuevo epicentro de las tensiones internacionales.

De manera que la preocupación sobre el papel renovado de Pekín es especialmente notable en los Estados Unidos y en Occidente en general. De hecho, desde América se ha ido construyendo una relación de rivalidad cada vez más desabrida con China. Recuérdese que en la práctica diplomática y de seguridad, el Pentágono sostiene solícitamente la alianza informal conocida como *Quad* —conformada por los propios Estados Unidos, Japón, Australia y la India—. Y durante el año 2021, por lo demás, la Casa Blanca anunció de manera insospechada el lanzamiento de la nueva alianza militar anglosajona denominada *Aukus* en la región Indo-Pacífico. Compuesta, según se sabe, por Australia, el Reino Unido y Estados Unidos). De hecho este lunes mismo, en la ciudad de San Diego, sede de la base de Point Loma, enorme sede naval de relacionada con la Flota del Pacífico de EE UU, el presidente norteamericano Joe Biden, el primer

ministro británico Rishi Sunak y el primer ministro australiano Anthony Albanese han acordado igualmente agrupar y compartir el conocimiento, la información y las estrategias en varias ramas de la defensa, incluyendo información acerca del manejo estadounidense de la energía atómica, algo —esto último— absolutamente inédito y que no había ocurrido jamás desde el liderazgo norteamericano en materia nuclear militar.

La naturaleza del nuevo tono y la raíz de los desacuerdos geopolíticos pueden ser observables a través del propio discurso inaugural ofrecido por el presidente XI Jin Ping, con ocasión del vigésimo Congreso del Partido Comunista. En ese momento de afirmación programática, el presidente reafirmó su deseo de ampararse de Taiwán a partir de la utilización de la fuerza, si fuera necesario.

Xi Jinping también aplaudió, entonces, lo que denominó transición del «caos a la gobernanza», ahora en relación con Hong Kong, sacudido durante 2019 por importantes protestas pro-democráticas y donde el régimen comunista impuso, con posterioridad, una ley de seguridad nacional, especialmente condenada por los países occidentales por socavar las libertades y las prácticas democráticas... Voy terminando.

China está redefiniendo sus nuevas formas de regulación colectivas en un contexto de crecientes disparidades regionales y desigualdades sociales, y está recomponiendo su identidad como país a partir de dinámicas reformistas y modernizadoras⁸. Empero, la naturaleza y la propia estructuración del poder queda anclado en las antiguas formas dibujadas por el autoritario Partido Comunista. El evidente éxito económico y las transformaciones rutilantes conocidas han condicionado, a las veces, la utilización del proceso chino como modelo allende sus fronteras. Más aún, la publicística gubernamental pretende demostrar que el sistema de comunismo de estado chino prevalecerá frente a la supuesta ineficacia de los valores democráticos occidentales.

Es un hecho que el poder económico y comercial de China, sus capacidades tecnológicas y sus ambiciones geoestratégicas preocupan cada vez más a Occidente. Y las democracias liberales también están particularmente preocupadas por el atractivo de este régimen autoritario para los países emergentes, con los que cada vez establece más vínculos. Algunos denuncian asociaciones dudosas en las que países africanos o asiáticos han contraído deudas colosales para proyectos que no siempre les benefician. Cier-

⁸ El contraste de las mutaciones y el peso de las permanencias en la monumental y reveladora obra de Yves Chevrier, *L'Empire terrestre. Histoire du politique en Chine aux XXe et XXIe siècles*, Paris, Seuil, «Les livres du nouveau monde», 2022.

tos contratos, a menudo opacos, crean un entorno propicio a la corrupción, sostienen asimismo los más críticos. Y son raros los grupos de reflexión y centros de cultura de la paz occidentales que no denuncien el impacto de Pekín y de sus políticas autoritarias en los derechos humanos de esos mismos países antemencionados, o que no teman la erosión provocada por la imitación china en las instituciones democráticas globales.

Pero igualmente, debe notarse que las denuncias occidentales dispuestas con tanta energía acerca de esta supuesta influencia negativa de China en el Mundo también se deben, en parte, a que estos países de histórico dominio están perdiendo su posición dominante en el orden mundial. Desde todo punto constituye un hecho mayor en la Historia del Mundo actual que se esté construyendo una potencia exterior que amenaza con superar económica y geopolíticamente a las potencias occidentales.

Yo no quería sino señalar la importancia del análisis geopolítico y de la mirada historiográfica actual sobre la emergencia de la potencia asiática. Razones de cierto peso permiten concluir la dimensión del desafío y los riesgos que representa la emergencia del liderazgo chino como modelo de crecimiento desde el punto de vista no solo estratégico sino asimismo cultural y político para la cultura de los derechos humanos y la defensa de las libertades en un mundo tan cambiante y conectado como el actual.

Muchas gracias.